



## ÁREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES

(ISSN 1886-6530)

[www.area3.org.es](http://www.area3.org.es)

### HEMEROTECA

#### **Paisajes perdidos y paisajes encontrados: el desarraigo del alma <sup>1</sup>**

Luciana Bianchera<sup>2</sup>

*"El arraigo es quizás la necesidad más importante e ignorada del alma humana. Es una de las más difíciles de definir. A través de su participación real, activa y natural en la existencia de una comunidad que mantiene vivos ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos del futuro, el ser humano tiene una raíz".*

Simone Weil, La primera raíz

Este breve texto se basa en los procesos de trabajo, formación, investigación y soporte de la gestión de los Centros de Acogida Extraordinaria en la provincia de Mantua: por lo tanto, se basa en las experiencias de formación de los operadores, de los mediadores lingüístico-culturales, de los propios solicitantes de asilo, de jornadas de estudio sobre etnopsiquiatría y de la experimentación de grupos de palabra con inmigrantes.

Se trata de un trabajo ingente, en el que han participado decenas de operadores y colaboradores del consorcio de cooperativas sociales Sol.Co. Mantova.

El trabajo nos ha implicado como operadores sociales, investigadores y personas que se encuentran y exploran la complejidad del mundo actual, persistiendo en la búsqueda de respuestas a preguntas que inquietan la existencia, el sentido de lo correcto, el sentido de lo soportable.

---

<sup>1</sup> Trabajo publicado en L'ippogrifo. <https://www.maremagnum.com/libri-antichi/paesaggi-che-ci-guardano/163449161>

<sup>2</sup> Luciana Bianchera es pedagoga, Italia.

El texto relata mínimamente lo sucedido y tiende a detenerse en dimensiones inquietas y móviles: qué podemos vislumbrar, en fugaces destellos de comprensión, de los cambios en el alma y la psique de las decenas de personas que transitan por nuestras estructuras de acogida, qué aperturas, qué plegamientos dolorosos y qué deseos emergen al estar junto a ellos durante un tiempo en nuestras vidas.

Nos sentimos, más que nunca, ante la necesidad de saber habitar la incertidumbre que compartimos, aunque sea parcialmente, con nuestros huéspedes, respetando naturalmente los grados de intensidad y dramatismo debidos a los lugares que ocupamos y a las diferentes funciones que el destino nos ha confiado.

Para adentrarme en este escrito, me remito sobre todo al trabajo de escucha y conversación que realizo en los encuadres que denominamos "grupos de palabra", una definición tan escasa y manida como llena de sentido, contenido y oportunidad.

Creamos los grupos para integrar el trabajo de acogida con la escucha antropológica y etnopsicológica a nuestros huéspedes, para que su experiencia y su vida no queden exclusivamente aplastadas por los procedimientos burocráticos, administrativos y legales previstos por las normativas.

La participación en los grupos es totalmente libre, la conducción está abierta al aprendizaje de las culturas con las que el otro da sentido a la vida, a la historia, a la salud y a la enfermedad, a la familia, a los vínculos propios, a las dinámicas de poder y de colonización sutil que, aunque más suavemente, persisten.

La tarea de los grupos es precisamente la palabra: una palabra en muchos idiomas, de muchos países, una palabra que sugiera emociones, que abra asociaciones, que contenga o exprese el dolor y los sueños.

Si tuviera que describir este trabajo con una metáfora, lo definiría como un lento y progresivo viajar.

Un viaje que abre miradas a otros mundos, que asume la mirada de los demás y ofrece la suya propia para poderse comprender, un viaje que traduce, que mientras transcurre desarrolla relaciones, comprensiones, asombros.

Los relatos, las fantasías y los fantasmas que abarrotan nuestros diálogos, las situaciones grupales, en los últimos años se han centrado a menudo en la experiencia del hogar perdido, o de la casa itinerante, de la falta de la mirada, de los sentidos y de las manos de la tierra, del propio paisaje, de los propios rituales; del desconcierto ante tanta pérdida y tanta novedad.

Para dar fuerza a nuestro trabajo recurrimos a pensamientos que nos recuerdan la provisionalidad de nuestro caminar, pensamos en habitar en sus infinitas posibilidades, en tener un hogar, no importa si es de hormigón, de piedra, de madera o de viento.

No importa qué lo delimite, si es un muro, una tienda, un arroyo o el borde del mar.

La vivienda es el lugar en el que estamos o que recorreremos viajando.

En la experiencia de la migración, especialmente la forzada, la vivienda puede reducirse a los límites mismos del propio cuerpo, que es llevado a contener su propia historia dentro de sí mismo, en el propio grupo interno, sede de afectos, vínculos, cultura.

La investigación que me ocupa en la gestión de estos grupos suele estar orientada a la exploración de la conexión entre paisaje, tierra, horizonte e identidad de los sujetos.

Es significativo, en las historias que escucho, el desconcierto que sienten los ojos y los afectos frente a una "arquitectura" tan diferente.

Y es también evidente el vínculo absoluto entre las vivencias de la migración y el sentimiento de pertenencia a un lugar donde la identidad y las relaciones han tomado forma, donde el sentido de comunidad ha crecido. Lugares tan decisivos como ausentes.

Todos los fenómenos que el psicoanálisis y la psicología de la arquitectura y el urbanismo nos han ilustrado se manifiestan así en el cuerpo, en la mente y en los gestos de los que emigran: las manos, los pies, las piernas y los ojos siguen y seguirán buscando aquél soporte arquitectónico y natural sobre el que han construido la idea del propio vivir, la satisfacción de su necesidad de seguridad, el sentido de las proporciones y de la armonía, el sentido estético, del arte, la representación de sí mismos en el espacio-tiempo, el sentido del culto, de la espiritualidad o de la guerra.

Colores, dimensiones, sombras, a veces en cambio árboles, desiertos, bosques, pueblos, entran en nuestros diálogos con un poder perturbador.

A menudo nos ocurre, durante relatos de particular intensidad, experimentar fenómenos de abstracción de la estancia en la que nos encontramos: el relato de un rito, de un mercado y de su disposición, de los recorridos en los desplazamientos, crean efectos sugestivos como para percibirnos en otro lugar.

Fluyen ante nuestros "ojos de grupo", ríos, árboles inmensos e intrincados, casas planas y blancas, una tierra de color rojo ladrillo.

Las imágenes vibran como en un fenómeno de refracción, el grupo "sueña" con un lugar perdido pero tan presente y actual que nos contiene a todos: los lugares dibujan las historias y estas últimas se articulan en torno al paisaje.

Como en una cinta de Moebius, resulta imposible distinguir el interior del exterior: lo que es interno es externo y viceversa.

Todo se entrelaza entonces con el recuerdo de las personas que quedaron atrás, con el dolor de una separación que durante algún tiempo no tendrá alivio, y se complica con los países atravesados posteriormente, la violencia sufrida y los abusos soportados.

El tiempo de la nostalgia, su profundidad y sabor, cortan al grupo como una herida colectiva.

Un tema que aparece con frecuencia en los grupos es el vínculo entre los contextos ambientales atravesados y la cultura, la forma de pensar, las mentalidades que hubo que desarrollar para adaptarse eficaz y activamente a los nuevos contextos.

Durante algún tiempo notamos en los migrantes ese efecto de suspensión, de doble ausencia que supone no poder contar con su pertenencia a la comunidad propia y, al mismo tiempo, no poder encontrarse realmente y entregarse al nuevo contexto.

El trabajo sobre el propio cambio, que pone en marcha cada gesto de la vida cotidiana, alimentarse, dormir, comunicarse, rezar, intentar obtener el reconocimiento a través de los documentos, desplaza todos los equilibrios relacionales y afectivos, empuja a recuperar un lugar en el que instalarse, a soportar la aspereza, la provisionalidad, la promiscuidad de los espacios ofrecidos en la acogida.

Espacios en los que uno se ve de alguna manera privado de su intimidad, en los que el aburrimiento, la carencia y la inseguridad deben transformarse en la capacidad de encontrar nuevos e inéditos puntos de cobijo, que a menudo comienzan a aparecer precisamente cuando uno busca en el territorio.

Un joven maliense me habló de sí mismo y de sus esfuerzos por instalarse:

*"Me levanto de la cama y camino, camino todo el día para aprenderme las calles, las carreteras, las intersecciones. Estudio el mapa de la ciudad, dibujo las casas en un cuaderno, los edificios, las tiendas, las iglesias. En cada edificio busco un pequeño detalle que me haga sentir como en casa. Pero no estoy en casa. A veces, sobre todo en invierno, me siento como un loco. No entiendo el frío, no entiendo el efecto que tiene en mi piel. No entiendo el blanco, el gris que hay en todas partes. Pero siento que, poco a poco, van entrando en mí, ya no son completamente ajenos. Busco a mi madre en cada anciana, a mi padre en cada negro. Ya no hay nada de esto y a veces me siento como un murciélago, un animal extraño, mitad pájaro y mitad ratón. Pero camino, recorro el espacio y el espacio me recorre. Algunas mañanas me levanto y no sé dónde estoy. Otros días, felices, me gusta estar aquí. Sucede en un rincón preciso de la ciudad, desde el que vislumbro un trozo de mercado y una parte de una iglesia. A veces ni siquiera pretendo que sea una mezquita. Es una iglesia y basta".*

Creo que este joven se está dejando atravesar por nuevas geografías, nuevas arquitecturas, nuevos afectos.

Creo entender su cansancio, veo la nostalgia de sus ojos transformándose en un deseo de estar aquí, de moverse con el orgullo de quien tiene un mundo dentro de sí. Un mundo en tránsito, compuesto por mil etapas e infinitos sufrimientos, pero abierto al conocimiento.

Todos los días, desde hace años, me pregunto hasta qué punto la escucha de estos paisajes y la nostalgia, la confianza y el desánimo, la desilusión y la esperanza, no están transformando también mi país interno.

Tal vez, simplemente, lo estén convirtiendo en un contenedor más grande y curioso, agradecido a la existencia por tanta humanidad encontrada, sensible al imperceptible temblor de los cambios que, a pesar de todo, están sucediendo y no se detendrán.

Autores de referencia:

- José Bleger
- Leonardo Montecchi
- René Kaes
- Gastón Bachelard
- Abdelmalek Sayad
- Salvatore Inglese

*(Traducción realizada con la versión gratuita del traductor [www.DeepL.com/Translator](http://www.DeepL.com/Translator), corregida por Federico Suárez)*